



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

5 de Abril de 1872.

Núm. 22.

ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

Y prosiguió su camino gozándose anticipadamente en la venganza que preparaba.

VI.

Lo que D. Juan de Osorio contó al marqués de Lichen.

Las fiestas del Buen Retiro han dejado nombre en la historia. Comedias escritas y egecutadas bajo la direccion del inmortal Calderon; saraos en que resplandecian como las estrellas del cielo mil hermosuras pertenecientes á la primera nobleza de los dos mundos; certámenes poéticos en los que Quevedo, Lope de Vega, Calderon, Villamediana y otros ilustres ingenios lucian su inagotable inspiracion y en los que el mismo rey evidenciaba su númen que le grangedó un lugar en el catálogo de los vates de su época; toros y cañas, lizas, torneos, cacerias y mascaradas, todo, todo linage de diversiones adoptadas por Olivares á costa á veces de cuantiosos dispendios, con el objeto de embriagar al rey con tantos placeres y hacerle enojosos los asuntos relativos al go-

bierno de la monarquía que le estaba confiada. Y en verdad, el sistema del conde-duque, que su sobrino, fiel imitador suyo en muchas cosas, seguia, producía su efecto, pues Felipe tenia como un castigo horrible, como una fastidiosísima tarea el ocuparse de los negocios públicos, y, solo lo hacia á ruegos repetidísimos de sus ministros y consejeros.

De esas fiestas suntuosas y poéticas; de esa exhibicion de bellezas capaces de trastornar el juicio á otro que fuera menos impresionable que Felipe, se originaban nuevos devaneos, en los que el monarca, galanteador como el que mas de sus cortesanos, se lanzaba á nocturnas aventuras de las llamadas de capa y espada, en las que esta con frecuencia habia tenido que salir al aire en el fondo de una calleja ó entre las frondosidades de alguna de las pintorescas alamedas que circundaban la mansion real.

La noche del dia en que ocurrieron los sucesos que llevamos narrados, el palacio del Buen Retiro estaba resplandeciente de luces y concurrido por la mas escogida nobleza de la córte.

La reina Mariana de Austria acompañada de sus damas y meninas, presidia el sarao. El rey con sus gentiles hombres, entre los que se notaba D. Diego de Luna, iba de uno á otro grupó prodigando frases galantes á

tanta hermosura como allí se encontraban reunidas. Entre las damas descollaban Doña Margarita de Guevara y D.^a Inés de Olmedo. Entre las meninas brillaba Blanca con esa triple aureola de hermosura, juventud y candor. Tampoco se notaba la ausencia del ministro. Don Luis de Haro platicaba reposadamente con hombres sesudos y de su edad, mientras el marqués su hijo asido del brazo con su íntimo D. Alvaro de Mendoza, se entretenía en dirigir apasionadas miradas á Blanca que las recibía con hechicera sonrisa de amorosa complacencia.

Todo esto no pasaba desapercibido para D.^a Inés, que no podía desimular su impaciencia, haciendo significativas demostraciones de ella á D. Juan de Osorio que no lejos de ella se hallaba. Por fin, este se dirigió hácia el marqués y cuando estuvo á su lado dijo lo siguiente:

—Si D. Alvaro de Mendoza me permite....

—Ola, D. Juan me alegro encontraros, os andaba buscando, dijo el marqués con el tono franco y leal que acostumbraba.

—Pues aquí me teneis, marqués, y si os parece bien saldremos á los jardines, que allí creo podremos hablar sin que nadie venga á interrumpirnos.

—Vamos. Hasta luego Alvaro.

—Adios marqués.

El amante de Blanca y D. Juan saliendo del salon se perdieron entre las espesuras de un bosquecillo de sicomoros.

—Ante todo, marqués, decía Osorio, os ruego que creais que solo la estimacion que os profeso y el compañerismo que debe reinar entre los que como nosotros militan en el noble cuerpo de la guardia española, me obligan á revelaros cosas muy graves y que no dudo os han de producir mal efecto. Pero que quereis, al fin y al cabo somos dos compañeros de cuerpo, por mas que vos seais coronel de él, y yo solamente alférez, vuestro buen nombre es para mi respetable y no quiero que nadie lo manche ni aun de pensamiento.

—Gracias, D. Juan, pero no atino donde vais á parar.

—Flaco de memoria sois.

—No la tengo robusta.

—Recordáis la escena de esta mañana.

—¿Cual?

—La revelacion de vuestro proyectado enlace con la sobrina del Canciller.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

EL PASEO.

Pasan gentes, como pasan
del mar las inquietas olas;
vuelven, tornan, se confunden,
y unas con otras se chocan.

Todo es gozo y alegría,
todo esplendor, todo pompa:
caballeros que cabalgan,
lindas damas en carrozas,
animacion en los rostros,
grata sonrisa en las bocas.

Mil fantásticas mujeres
cruzan cual hadas dichosas
que entre las alas del viento
celestiales se evaporan,
y de sus rizos y gasas
que al céfiro blando flotan
el ambiente regalado
los ricos perfumes roba.

Véñse gallardos mancebos
ansiosos de amor y gloria,
en torno de las deidades
girando cual mariposas.

Como tiernos amorcitos
que dulces cadenas forman
bellos niños entre flores
danzan y cantos entonan.

Unos corren.... otros saltan....
trazan curvas caprichosas,
mientras los mas revoltosos
desde la fuente sonora,
arrojan á sus amigos
de espuma nevadas gotas.

Todo es gozo y alegría,
todo bulla alhagadora,
¡Cuán risueño es ese mundo
do festivos séres moran!

Mas ¡ay! que esa muchedumbre
que se agita bulliciosa,
quizá en su fondo desmiente
la animacion bella y loca.

¡Quizá la mujer que ostenta
blanca gasa, tez de rosa,
albergue en seno agitado
de negro pesar la sombra,
que adivinarse podría
aun en su risa graciosa.

Tal vez el jóven que marcha
radiante de amor y gloria,
espinas entre laureles
sienta en su frente ardorosa,
y el corazon calcinado
por hoguera abrasadora.

Solo tú, niñez temprana,
en feliz descuido gozas,
solo tú que no comprendes
qué toda ventura es corta.

¡Juega, y alegre cantando
gira en rueda bullidora,
cual rueda de la fortuna,
de la fortuna engañosa.

¡Ah! pasad ante mis ojos
visiones deslumbradoras,
cual pasan y se atropellan
del mar las inquietas olas,
que saliendo de sus antros
muestran brillo que enamora,
y en continua lucha amarga
unas con otras se chocan.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

LOS TRES GÉNIOS.

(Conclusion.)

—Escuchad, y vos tambien interesante jóven, que venis á la cabecera del lecho de un moribundo, como el ángel del señor para recibir su último suspiro. Esos libros que veis sobre esa mesa, esos papeles que hay debajo de mi almohada, es cuanto poseo sobre la tierra. Para salvarlos he luchado dos dias contra el furor de los elementos, náufrago recogido á bordo de una barquilla, me he lanzado al mar para recogerlos.... En escribirlos he gastado la vida entera, he renunciado á los placeres, al descanso, á la fortuna. Juradme que los arrojareis al fuego. Sorprendido de esta relacion interesante títubeé un momento, y el moribundo agitándose convulsivamente gritaba cuanto le permitia su debilidad, ¡fuego! ¡traed fuego, un bracero, ó muero maldiciéndoos y en la desesperacion! Vos ángel de inocencia, decia despues volviéndose con el mayor dolor á mi sobrina María, que postrada á los pies de la cama besaba su descarnada y pálida mano para tranquilizarle, vos, ángel mio, no hagais que se pierda mi alma de desesperacion. Seriais responsable á Dios de mis últimos momentos.

Mi sobrina se levantó al ver su afliccion, acercó el gran bracero que habia en medio de la sala del hospital para conservar el calor de algunos medicamentos, y brillando por un momento con triste complacencia

los ojos del moribundo, arrojó los libros y una multitud de papeles al bracero. Se levantó una llama inmediatamente, y á pocos minutos volaban al rededor de la cama negras pavesas. ¡Yo os bendigo! nos dijo despues tendiendonos á cada uno de nosotros sus manos, yo os bendigo, y las bendiciones del moribundo son siempre confirmadas por el cielo. Habeis aliviado mi frente de un enorme peso. Yo he ambicionado una corona; cuánto he trabajado para colocarla sobre mi frente! ¡Cuántas veces la he maldecido! ¡El génio! ¡Ah! el génio es un don maldito del cielo. ¡Feliz el hombre que nace, que vive, y que muere en la oscuridad!

—¿Quién sois que así maldecís el génio que inmortaliza los hombres, quién sois?...

Una sonrisa sardónica, histérica, la última que precede á la muerte asomó á sus descoloridos lábios, puso los ojos en blanco, murmuró de un modo ininteligible una palabra y murió....

Nos retiramos llenos de un religioso terror; al dia siguiente quise volver á ver el cuerpo del hombre extraordinario que tanto me habia conmovido la noche antes, y ya le habian arrojado al foso comun con otros cadáveres. Solo me enseñaron algunos pedazos de papel que habian quedado debajo de la cabecera del lecho, entre los que encontré un soneto italiano firmado por TORCUATO TASSO, y dedicado á LUIS CAMOENS.

—Hizo bien, exclamó el jóven pintor, hizo bien por vida mia. Rehusó la herencia de sus poesías á su ingrata patria. Maldijo el génio, y con razon; tener génio es condenarse á la miseria, al hambre, al desprecio, á un continuo sufrir durante la vida. Hé ahí la suerte que me aguarda, y la que sin embargo tanto anhelo. ¡Maldito génio!...

El jóven con desesperada tristeza salió del cuarto sin saludar al médico y su sobrina.

Ya bajaba la escalera cuando este desde la puerta del cuarto le gritó:

—Ola, muchacho, no me habeis dicho vuestro nombre, y tal vez puede que tenga que mandaros hacer algunas otras pinturas.

Me llamo Andrés Zurbaran, respondió ya el jóven desde la puerta de la calle.

Aquella misma noche, al dar las doce con sonoro y tardo compás el reloj de la torre del hospital, tres hombres con sus espadas acometieron á un jóven que defendia vigorosamente con un puñal á una jóven doncella que intentaban robar aquellos. Uno de los raptores cayó en el suelo, los otros dos huyeron precipitadamente, la jóven entró por la puerta secreta al hospital.

Á la mañana siguiente la justicia hacia esquisitas averiguaciones para indagar el

matador de D. Alonso Henriquez, grande de Portugal y fidalgo á par del rey; la jóven Maria estaba llorosa, y permaneció muchos años en la mayor melancolía, y habia desaparecido de Lisboa un pintor pobre, mal vestido, que ganaba su vida pintando estandartes, armas reales, y muestras para las tiendas. Este pintor era Zurbaran, que despues llegó á ser el Miguel Angel de España.

Trece años despues, vinieron una tarde á llamar al médico director del hospital con mucha urgencia, porque uno de los enfermos moribundos queria hablarle. El médico Pereira, cuyo corazon ardia en deseos de ser útil á sus semejantes, dejó á su sobrina Maria en su cuarto, y se dirigió á la sala del hospital. En una de las camas se hallaba un hombre jóven aun, pero cuyo rostro habian marchitado mas que el tiempo las desgracias. Sus ojos hundidos, sus pálidas y salientes megillas, y algunas canas que cubrian su arrugada y ancha frente le impidieron reconocerle desde luego.

Sonrióse con amargura al ver al médico, tendiéndole su descarnada mano y saludóle por su nombre.

—No os conozco, no hago memoria de haberos visto nunca, dijo el director.

—No os acordais ya de aquel jóven pintor de los estandartes de este santo hospital á quien leisteis el epitafio latino de Camoens.

—¡Mi amigo! ¡mi bienhechor! ¡el salvador del honor, de la vida de mi Maria! ¿Sin vos qué hubiera sido de ella? ¿Y sin ella, qué hubiera sido de mí? ¡En qué estado os vuelvo á ver, jóven infeliz!

—¡Sí, infeliz y harto infeliz! he corrido tras del vano fantasma de la gloria toda mi vida, y no la he alcanzado. Miradme pobre, desgraciado, muriendo en este asilo de miseria. La gloria vendrá despues de mi muerte, se sentará sobre mi tumba, esparcirá coronas sobre ella como sobre la del desgraciado Camoens....

Un sacerdote que seguido de un niño acólito iba distribuyendo el viático y la santa unción á los moribundos, llegó en este momento, escuchó las últimas palabras de Zurbaran y dijo:

—¡Este enfermo está delirando, se cree un génio como Camoens, pobre desgraciado!

El moribundo se incorporó sobre la cama al oír al sacerdote, hizo señal de que le diese el acólito uno de los carbones que ardan en el incensario; y con esta brasa y con mano firme, trazó rápidamente sobre la pared una cabeza de un Cristo espirando,

cabeza cuya sublime espresion pasmó y llenó de respeto á todos los espectadores.

Este esfuerzo agotó sus fuerzas: cayó sobre la cama, miró con dolor su último dibujo, y volviendo desdeñosamente la espalda á los circunstantes, espiró.

—¡Pobre jóven, exclamó el director lleno de dolor, cuánto le compadezco!

—¡Compadercerle, replicó el acólito, compadercerle, cuando deja una fama, un nombre inmortal!...

—¡Calla, dijo de muy mal humor el sacerdote al acólito, silencio BARTOLOMÉ MURILLO! ¡Silencio, y de rodillas!... Y se pusieron ambos á decirle la recomendacion del alma.

El piadoso director unió sus oraciones á las de la Iglesia.

En Lisboa se enseña aun en el hospital de santa Cruz la sala donde murieron CAMOENS y ZURBARAN, se conserva como una preciosidad el dibujo que con mano moribunda trazó este último en la pared, en presencia del acólito BARTOLOMÉ MURILLO, natural de Pilas en la provincia de Sevilla, el autor del preciosísimo cuadro de la santa Isabel que envidian los estrangeros, y admiramos en la academia de San Fernando de Madrid.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL ULTIMO LUNES.

DESPEDIDA Á UNA BELLA DUQUESA.

Aun cuando aquí reunidos

Nos encontramos;

Aunque en mágica fiesta

Nos agrupamos;

Aun cuando aquí parece

Que se concilia

La familia, enlazada

Con la familia;

Aunque el jardin ostenta

Rico en colores,

Luces entre el follaje

Y entre las flores;

Aunque aquí sus secretos

El arte expresa;

Aunque este es el palacio

De la Duquesa,

Esto es un sol que lento

Se va eclipsando;

Esto es un moribundo,

Que está *acabando*;

Esto, amigos del alma,
Ya no es *aquello*;
Esto ya esta prendido
Por un *cabello*;

Nuestra gloria infinita
Sucumbe ya,
Esto se precipita,
¡Esto se va!

Duquesa, flor soberana
Que aquí tu córte reunes;
Encanto de nuestros *lunes*
Y de toda la semana.

La que ostenta sin enojos
Sin penas, y sin agravios,
Mil claveles en sus lábios
Y mil soles en sus ojos.

Dama de virtud modelo,
Que enlaza por lo que brilla,
El título de Castilla
Con los títulos del cielo.

Mis pobres versos te escribo,
Y es, por cierto, suerte ingrata,
Que escuches mi serenata
Con un pié *sobre el estribo*

¡Con que dejas tus hogares!
¡Con que es forzoso partir
Dejando el Guadalquivir
Por el turbio Manzanares!

Hacia su ocaso camina
El sol de nuestra ventura.
Lo eclipsa la nube oscura
De tu ausencia repentina.

¿Por qué si la dicha es cierta
Haces la dicha ilusoria?

¿Por qué nos muestras la gloria
Para cerrarnos la puerta?

Si con nosotros compartes
Tan dulces horas aquí,
Serán los *lunes* sin tí
Aciagos como los *martes*.

¿Por qué nos quisiste dar
Tan momentáneo placer?
Es preferible *no ver*

A ver, y despues cegar.

Dinos que el sol es oscuro,
Que el mar no tiene rumores;
Que son vulgares las flores
Y que el brillante no es puro.

En tu espléndido palacio
Ya que seguimos tus huellas
Harnos contar las estrellas
Que iluminan el espacio.

Porque en tu mágico eden
A escucharte nos obligas,
Todo... menos el que digas
Que *ustedes* lo pasen bien.

Esto es un sol que lento
Se va eclipsando;
Esto es un moribundo
Que está acabando;

Esto, amigos del alma,
Ya no es *aquello*;
Esto ya está prendido
Por un *cabello*.

Nuestra gloria infinita.
Sucumbe ya;
Esto se precipita,
¡Esto se vá!

¡Se va! pero se aleja
Como las olas,
Que alegres en la playa
Trémulas flotan;

Desaparecen
Y mientras mas se alejan
Mas pronto vuelven.

La cándida viajera
Que hoy nos cautiva
Volverá, como vuelve
La golondrina.

Que en este alcázar
En mil sueños de amores
Meció su alma.

Si ella es el sol divino
De la hermosura,
El sol no tarda mucho
Cuando se oculta;

Desaparece
Y pronto se descubre
Por el Oriente.

Alma de nuestras fiestas,
Cándido lirio,
Rosa de los rosales
Del campo mio;

Blanca paloma,
Vuelve, vuelve tan pronto
Como las olas.

Luz de nuestros salones,
Maga hechicera;
Flor de nuestros jardines,
Linda duquesa,

Que, aunque viuda,
Está siempre casada....
Con la hermosura.

Plegue al cielo que cerca
De tus amigos,
Cuando otra vez nos abras
Tu paraíso,

Decirse pueda:
Esto ya no se *marcha*;
Esto *se queda*.

A. F. GRILLO.

LAS MALAS NOVELAS.

I.

La literatura ha sido el móvil mas poderoso de la humanidad: da vida á las ideas, presta calor á la imaginacion, produce sentimientos delicados, y por fin arrastra una en pos de otra á las generaciones camino de la gloria.

En todos tiempos, con accidentes variados y caracteres diversos, pero en la esencia una, ha impulsado á los hombres, convirtiéndoles en héroes, en sábios ó en artistas: recordemos como de paso á los *Rapsodas*, que pulsando su liras de bronce, con la tez curtida y al lado la tajante espada, guiaban á las tribus guerreras por lo mas fragoroso de los combates.

Sus cantos herian sentimientos grandes, que desbordándose, hallaban dique solo en el sacrificio.

Tan evidente fué esta influencia, que nadie la niega ni procura amenguarla; por un lado vemos pueblos batalladores, de continente altivo, espíritu aguerrido y emprendedor ardimiento, esperando de sus vates el último acorde de la lira para empuñar las ofensivas armas, y del otro los *Rapsodas* engendraban guerreros, y estos á su vez producian inspirados poetas.

Si esto sucedia en la antigüedad, ¿qué no acontecerá en la edad media?

Desarrollado como nunca lo estuviera el espíritu caballeresco, dignificada la personalidad humana; elevada de su condicion la mujer, efecto todo del cristianismo; al grito santo de Dios, y al poético de *por mi dama*, acometian los esforzados adalides empresas fabulosas, sin contar el número ni la calidad de los obstáculos.

Tan colosal llegó á ser el imperio de la literatura, que observamos al Señor lo mismo que al caballero en sus expediciones, desde la cetrería hasta la guerra acompañados del juglar, del doctor en la *gaya stientia*, el cual pregoná el denuedo y la valentía de su patrono.

Esto es historia: la tradicion, las crónicas, los romanceros, las leyendas lo atestiguan.

Si maravillas tales obró la literatura, ¿cómo hoy tan prostrados?

A las generaciones presentes no las anima el soplo divino de la poesía, ni perciben el grato perfume de su aroma, ni tranquilamente saborean tan grato manjar: se en-

cuentran metalizadas, sufren agudos dolores, y están en trance de muerte. Cuando las sociedades viven, florecen las letras: no es esto publicar su muerte, no; mas como padecemos, nuestro cerebro no se dispone para las ideas alhagüeñas y grandes, sino para tristes problemas de pavorosas consecuencias.

De ningun modo entraña alegrías el germen de muerte; pues que vida y alegría son voces sinónimas.

Espuestos á vuela pluma estos antecedentes, nos ocuparemos con brevedad de la mala novela sea del género que quiera. De la que reúne todas las circunstancias preceptorias somos decididos partidarios y ardientes defensores.

¿Cómo no serlo? ¿Quién negará su eficacia para estirpar los vicios, corregir las costumbres y hacer amada de todos la virtud? Mas, así como en un campo florido y lozano crece la cizaña, entre las buenas novelas circulan engendros mil, llamados á producir, mejor dicho, motores del desorden que notamos en todas las esferas.

Segun los preceptistas: «La narracion ingeniosa de una accion fingida, pero verosímil, ocurrida en la vida privada de las personas es la novela.» De esta definicion se desprende algo del mucho malo á que puede dar lugar este género, sino posee las condiciones que se le exigen: es á un mismo tiempo el bien y el mal y siendo arma de dos filos, lo mismo da vida que infiltra la muerte.

Un moderno escritor dice: «La novela se crea por intervencion de la fantasía en todos nuestros actos, en todas nuestras acciones.»

Sublime confesion que aquilata el resultado de una imprudencia ó de un fin torcido. Para defender estas producciones suele recurrirse á el famoso *cultivo de la sensibilidad*; sin tener en cuenta la ley constante de la naturaleza para el desenvolvimiento armonioso de todas las actividades. Acelerar este resultado es obrar *contra natura*, es forzar á las imaginaciones juveniles, despertando las pasiones.

Sin querer nos encontramos combatiendo el defecto mas terrible de la novela. A consecuencia de esta cultura tan esquisita y exclusiva, la parte intelectual se descuida, y mucho mas aun el desarrollo y cuidado higiénico del campo.

Y que esta corriente nos domina, no cabe duda; valoremos los hechos, y podemos sintetizarlos de la siguiente manera: moralidad acomodaticia, ciencia infusa, y organizacion pobre y mezquina. ¿Qué cierta es aque-

lla máxima antigua: *mens sana in corpore sano!*

Si la novela se crea interviniendo la fantasía en nuestros actos, si los subordinamos á ella perderemos el instinto práctico, el deseo de la realidad.

Le suceden hoy las utopías, porque verdaderamente no vivimos en nuestra esfera; miramos las relaciones sociales en abstracto sin descender á casos concretos, y de aquí la perversion del sentido práctico tan necesario, como esquisito debe ser para el buen régimen de las sociedades.

La susceptibilidad exagerada mueve á generaciones de pigmeos, que locos y desalados corren tras de un mañana, el cual no llega, pues que no tiene existencia real y si imaginariamente la tiene es en la mente del mismo que le busca. Y esta peregrinación por el sendero espinoso de la vida acivara los dolores, conduciendo por medio de desengaños al convencimiento de lo que somos y de nuestro fin, mas adquirimos esta idea sacrificando el reposo y la calma.

VENTURA GÁLLEGOS.

LA PRIMERA PASION.

A mi querida amiga la Srta. Doña M. E.

Mais pourquoi m'entraîner vers ces scènes passées?
Laissons le vent gémir et le flot murmurer;
¡Revenez, revenez, ó mes tristes pensées!
¡Je veux rêver et non pleurer!

LAMARTINE.

I.

La bóveda celeste comenzaba á cubrirse de cenicientas nubes, que agrupándose unas á otras, mas tarde tomaban un tinte pardo, negruzco formando caprichosas figuras, que se iban agrandando visiblemente. Un viento norte saturado de vapores densos y húmedos silbaba por las calles de la hermosa ciudad de las flores, desprendiendo por intervalos grandes gotas de agua, preludio de una tormenta cercana. El sordo rumor del trueno se repetía incesantemente y de una manera lánguida y pausada, como los ayes de un moribundo. El temporal arreciaba: se oscurece por completo el cielo, y desgarrándose sus cataratas, una copiosa lluvia mezclada con granizo, convierte en ramblas todas las calles de la ciudad.

Por una de las mas anchurosas calles, veíase venir una berlina, cuyos caballos azotados por el vendabal, corrian desbocados por encima de una de las aceras. Al llegar á una plazuela que existe al extremo de dicha calle, el vivo reflejo de una exhalacion los espanta, y encabritándose entrambos, vuelcan el vehículo.

—¡Favor! ¡Socorro! dijeron dos voces del interior del carruaje.

Un jóven que á la sazón pasaba por aquel sitio, no pudiendo resistir á tales llamamientos, se abalanza sobre una de las portezuelas y la abre, mientras alguna gente del vecindario, la menos temerosa, llega á escudriñar el suceso. Despues de bastantes esfuerzos, consigue sacar del interior á una señora casi exánime, que es recojida por los vecinos y conducida á una casa inmediata; en tanto el mancebo doblando su arrojo, logra tomar en sus brazos á una jóven hermosa que yacía sin sentido en el carruaje por haber recibido un fuerte golpe en la sien, y la trasporta al caritativo albergue, en donde se encuentra la otra víctima de la catástrofe.

Inmediatamente, Arturo, que así se llama el protagonista de esta accion, procura se les prodiguen todos los remedios posibles á las pacientes, mandando á buscar médico y drogas, sin escasear sacrificio alguno por volverlas á la vida.

La señora de mas edad, que parecia tener unos cincuenta años, de cuerpo robusto y de rostro severo, comenzaba á volver en sí del síncope ocasionado por el susto consiguiente que en esas circunstancias se experimenta. La jóven, que apenas contaria diez y ocho primaveras, continuaba inmóvil: era graciosa en extremo, de facciones marcadas, y su blonda y negra cabellera, que caía sobre sus hombros, destacaba aun mas la palidéz marmórea que se estendia por su tez morena. Arturo, era un jóven de veinte años, imberbe, de color rubio y sus ojos expresivos indicaban poseer un alma llena de sentimiento. Continuamente tomaba el pulso á la jóven con impaciencia, y le propinaba los anti-espasmódicos que el facultativo le ofrecia como mas eficaces, como si quisiera imprimir movimiento y dar vigor á aquel cuerpo que parecia reposar en el frio sueño de la muerte.

—¡María! ¡hija mia! ¿dónde estas?... dijo la señora despertando de aquel letargo.

—No tema usted nada, señora, respondió Arturo, su hija está en un aposento inmediato.

—¡Ah! caballero, ¿es V. á quien debemos

la vida, nuestro salvador? ¿Cómo pagarle favor tan señalado?...

—De ningún modo. Yo no he hecho mas que cumplir con un deber social y de conciencia, y al obrar así, la mejor recompensa para mí es la satisfaccion que me cabe al ver á ustedes sanas y fuera del peligro que corrieron há poco.

Apenas hubo terminado la anterior frase, la jóven, ya restablecida, aparece por una puerta lateral y corre á los brazos de su madre.

—¡Madre mia!

—¡Hija del alma!

¡Qué escena mas llena de ternura! Las dos embargadas por la alegría al volverse á ver, confundian á la vez sus besos y sus sollozos. Ninguno de los circunstantes pudo contener las lágrimas de verdadera emocion.

Trascurrieron algunos minutos, y merced á los lenitivos que se les propinó, se repusieron algun tanto, y entonces la señora dijo á su hija:

—María, este caballero es el que con su arrojo y serenidad admirables, nos libró de una muerte segura, á él debemos estar agradecidas toda nuestra vida; su nombre no debe borrarse jamás de nuestro corazon.

Y una mirada espresiva y elocuente cruzó por entrambos jóvenes, que cual chispa eléctrica coloreó sus mejillas, penetrando luego hasta lo mas íntimo de sus corazones.

—Accion es que no se paga con nada de lo que encierra el mundo, dijo la jóven María.

—Me atreveré á suplicarles no me prodiguen tan inmerecidas alabanzas, repuso Arturo.

—Pero díganos usted su nombre, añadió la señora.

—Me llamó Arturo Bracamonte, replicó este.

—¿Cómo, es V. hijo de D. Luis?...

—El mismo. ¿Conoce V. á mi familia?...

—De antiguo. Yo soy Esperanza Arizmendi la esposa de D. Julian de Mendialdúa, compañera de colegio de su madre de usted, y esta mi hija María.

—Verdaderamente. Crea V. que experimento un gran placer en reconocerla despues de tantos años, pues desde mi infancia las desconocí. Pero estarán ustedes fatigadas y necesitan reposo, partamos luego.

—Es verdad, dijo doña Esperanza, hágame V. el obsequio de ver si está pronta la berlina.

—De ningun modo. Aquel rayo, ori-

gen del siniestro, mató á los dos caballos é hirió al cochero, que fué conducido al hospital.

—Válganos Dios, cuánta desgracia, dijo María.

—Mas no se apuren Vds., á la puerta les aguarda un carruaje.

—Qué bondadoso es V., Arturo, dijo doña Esperanza. Y metiendo la mano en un precioso ridículo que llevaba pendiente de la cintura, sacó unas monedas de oro que iba á entregar á la pobre mujer que vivia en aquella mísera morada.

—Tome usted, buena mujer, dijo.

—En manera alguna, añadió esta. Los gastos invertidos en la curacion de Vds. en nada me atañen, y están satisfechos; y respecto á la hospitalidad, que es lo único que he hecho por Vds. digo, que la caridad no se paga con dinero.

—No olvidaré esa accion; doy á Vd. mil gracias, dijo doña Esperanza. Y partieron en el carruaje que los esperaba.

Despues de algunos momentos se apearon en el patio de una magnífica casa, propiedad de los señores de Mendialdúa. Arturo acompañó hasta la habitacion principal á las señoras, no consintió ni un momento retardar su descanso, á pesar de los múltiples ruegos que le hicieron para que entrase. Se despidió, pues, obligándose á volver al dia siguiente.

Salió á la calle sin llevar derrotero fijo.

Su espíritu se hallaba abatido por la influencia que sobre él ejerciera la escena lastimosa que presenciara antes. Su corazon, al contrario, latia con mas frecuencia que de ordinario, cual si una fiebre maligna se hubiese apoderado de su cuerpo. Su cabeza ardia asaltada por mil vagos pensamientos; pero el que mas le preocupaba era el recuerdo que en su pecho grabó la linda María. Un no sentido afan le atormentaba. Jamás habia amado á mujer alguna, y sin embargo, ahora parece estar dominado por una ardiente pasion.

Necesitaba distraccion. Para procurársela pensó dirigirse al teatro. Así lo hizo; pero en vano, en todas partes creia ver el rostro peregrino de lá que há poco no conocia. El mañana era su única ilusion. Hastiado marchóse á casa á conciliar el sueño, único medio de no vivir penando hasta que amaneciese el dia siguiente.

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

(Se continuará.)